

Obras de Éric Vuillard
en Tusquets Editores

(en orden cronológico de escritura)

La batalla de Occidente

14 de julio

El orden del día

La guerra de los pobres

ÉRIC VUILLARD
LA GUERRA DE LOS POBRES

Traducción de Javier Albiñana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *La guerre des pauvres*

1.ª edición: septiembre de 2020

© Actes Sud, 2019

De la traducción: © Javier Albiñana Serain, 2020
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-862-7
Depósito legal: B. 11.192-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Historia de Thomas Müntzer.....	9
Zwickau.....	15
Dios y el pueblo hablan el mismo idioma	21
En Bohemia.....	35
El mundo entero.....	41
La palabra	45
El sermón a los príncipes	49
El verano llama a nuestra puerta	55
El levantamiento del hombre corriente.....	61
Últimas cartas.....	71
Las palabras	77
La batalla de Frankenhausem.....	83
Müntzer decapitado.....	89

Historia de Thomas Müntzer

A su padre lo habían ahorcado. Había caído al vacío como un saco de grano. Tuvieron que cargarlo a hombros por la noche, y después enmudeció, la boca llena de tierra. Entonces todo ardió. Los robles, los prados, los ríos, los galios de los taludes, la tierra pobre, la iglesia, todo. Él tenía once años.

A los quince años de edad, había fundado una liga secreta contra el arzobispo de Magdeburgo y la Iglesia de Roma. Leía las *Epístolas* de san Clemente, el *Martirio de Policarpo*, los *Fragmentos* de Papías. Él y algunos camaradas cantaban las maravillas de Dios, atravesaban el Jordán en batín y, trazando con tiza en el suelo el círculo cósmico, signo de unión, se tumbaban dentro por turnos, y estiraban los brazos en cruz para que descendiese el Cielo en la Tierra. Y entonces él se acordaba del cadáver de su padre, de su lengua enorme como una palabra que se hubiese secado. «Me sentía lleno de gozo, pero sólo nos uni-

mos a Dios con terribles dolores y desespero.» Eso creía él.

Cuentan que, en Stolberg, un tal Barthol Munzer había sido viñador; se habla también de otro tal Monczer Berld y de un Monczers Merth, pero nada se sabe de ellos. Está también Thomas Miinzer, muerto en una trifulca en una taberna. No se sabe si le habían sacudido un mamporro o le habían roto la crisma, tampoco se sabe si fue o no pariente del otro Thomas Müntzer, aquel cuyo padre, hacia 1500, por motivos desconocidos, fue ejecutado por orden del conde de Stolberg, unos dicen que ahorcado, otros que en la hoguera.

*

Cincuenta años antes, una pasta ardiente había fluído desde Maguncia hasta el resto de Europa, había fluído entre las colinas de cada ciudad, entre las letras de cada nombre, en los canalones, en los recovecos de cada pensamiento, y cada letra, cada pedazo de idea, cada signo de puntuación, había quedado apresado en un trocito de metal. Esos trocitos los habían repartido en un cajón de madera. Las manos habían elegido uno, luego otro, y habían compuesto palabras, líneas, páginas. Los habían mojado con tinta y una fuerza prodigiosa había presionado lentamente las letras sobre el papel. Repitieron la operación decenas

y decenas de veces, antes de doblar las hojas en cuatro, en ocho, en dieciséis. Las fueron colocando las unas a continuación de las otras, las pegaron entre sí, las cosieron, las envolvieron en cuero. De ese modo se formó un libro. La Biblia.

Así, en tres años, confeccionaron más de ciento ochenta ejemplares, cuando un solo monje no habría copiado más que una. Y los libros se multiplicaron como los gusanos en un cadáver.

Con lo cual, el pequeño Thomas Müntzer podía leer la Biblia, creció con Ezequiel, Oseas y Daniel, pero era el Ezequiel de Gutenberg, el Oseas de Gutenberg y su Daniel; y tras abrir la cancela podrida y desvencijada que rascaba el suelo, permanecía largo rato abajo, en la vieja cocina, frotándose los ojos. No sabía lo que veía ni lo que debía ver. Estaba solo como un ladrón, y era inocente.

Pasó el tiempo; vivió con su madre, sin duda en la estrechez. Padecía del corazón. Bajo los robles, los abetos, en la tierra pobre del Harz, mientras corría tras los cerdos con otros críos, tenía que detenerse, atontado de pronto, y rompía a llorar. Sí, me lo imagino al borde de un río de gujarros negros, el Wupper o el Krebsbach, eso poco importa, o en las laderas de pequeñas lomas tristes, de caos rocosos, colinas erosionadas, míseras turberas, en el valle del Bode o del Oker, asfixiándose en medio de una mezcla de amargura y amor.

Finalmente, cursó estudios, en Leipzig, luego se hizo cura en Halberstadt, en Brunswick, después preboste aquí y allá, hasta que, tras sufrir numerosas tribulaciones entre la horda de los partidarios de Lutero, salió de su agujero, en 1520, cuando fue nombrado predicador en Zwickau.